



## PREGON MATANZA. DICIEMBRE 2014.

**Juan Mateo de la Vega Almagro**

Buenos días a todos, serranas y serranos. Es para mí un honor ser el pregonero este año de la fiesta de la matanza.

He leído algunos pregones dichos en esta plaza y poco puedo añadir al cúmulo de datos históricos, culturales y personales aportados por los anteriores pregoneros, ya que es un tema que he vivido poco, aunque sí he escuchado muchas anécdotas y algo he leído. La verdad es que aún siendo excusa la vivencia de matanza, no se me olvidan las imágenes que tengo de la primera vez que asistí al sacrificio de un gorrino y todas las labores de después. Fue en la comarca de «El Campichuelo», (allí se le dice «la matazón») en casa de unos parientes maternos de Sotos.

Mi padre nos llevó a mi hermano pequeño y a mí para que conociéramos esta ancestral costumbre, a pesar de la inicial oposición de mi madre, pues no quería llevarnos al ser nosotros pequeños. Decía que nos podía tramautizar, y algo de razón tenía, pues los gritos que lanzaba en pobre gorrino me impresionaban. Recuerdo también como se llenaba el cubo de sangre, el descuartice y a las mujeres lavando las tripas y haciendo chorizos. Las horas pasaban en un ambiente de trabajo y animación en aquellos corrales y casas de pueblo de antes, esos olores antiguos del campo...

Años más tarde me tocó vivir en el Marquesado de Moya, otra comarca bastante peculiar de la serranía, allí dicen «el matagorrino». Un compañero de trabajo nos enseñó la gorrina más grande que recuerdo, fue en Santo Domingo de Moya. Medía el animal más de dos metros, no sé lo que podría pesar, supongo que una barbaridad.

Por cierto, me acuerdo, allá por los ya lejanos años 80, cuando conocí esta parte de la serranía donde estamos, en el bar de Lagunaseca que llevaba Agustín, había una descomunal cabeza de jabalí, detrás de la barra. Parecía un bicho prehistórico, digno sucesor del antiguo «Listriodon splendens» remoto jabalí que habitó la península ibérica en la Era Terciaria, hace millones de años. Espero que aún se conserve, ya le preguntaré que ha hecho con ella. La verdad es que he tenido más contacto con el gorrino de monte, lo he llegado a ver incluso a casi las puertas de Cuenca capital y siempre que me los encuentro en cualquier monte o labores de la provincia da lugar a momentos memorables; como uno o una (no sé si era macho o hembra), que vimos en las últimas alturas de la provincia, yendo hacia el oeste, en término de Rozalén del Monte.

Era lunes, estábamos llegando al monte para empezar la jornada de trabajo donde hacíamos labores de clareo y desbroce y limpieza silvícola, cuando vimos en un a loma de la sierra una cosa negra y grande que a mí me pareció un sofá, tirado en mitad del monte. Pensé en los chavales del pueblo que lo habrían dejado allí después de hacer algún botellón o chusma durante el fin de semana. Cuál no sería mi sorpresa al ver que «aquello» conforme llagábamos con el coche, echaba a andar cerro arriba. Era un jabalí enorme y «gordísimo» (como decimos por aquí) y parecía que no podía ni correr de lo que pesaba, pues se alejó andando hasta que traspasó el cerro y lo perdimos de vista.

En fin, anécdotas, vivencias campestres, podría contar muchas cosas que he visto y sentido, caminatas salvajes, noches en el monte, durmiendo bajo los luceros del cielo, en ceñajos, cuevas y torros, en tinás de pastores, en parideras, en praos al lado de los ríos donde hace un frío que pela, (en este último sitio hay que evitarlo a ser posible, no se puede dormir a no ser que vayas muy bien abrigado, incluso en verano). De todo ello, y muchas más cosas que tengo que decir, daré testimonio en la revista Mansiegona.

Doy por finalizado este humilde pregón, dandoos las gracias por escucharme, os deseo una feliz fiesta de la matanza y una fructífera estancia en Masegosa. Que Dios os proteja y ampare a vosotros y a la Serranía de Cuenca.